

Posttotalitarismo y ética de la convicción según Enzo Traverso

Apuntes sobre posmemoria para leer
El monarca de las sombras de Javier Cercas

Raquel Macciuci
raquel.macciuci@gmail.com

«Sabe el autor que ni todos los italianos son fachendosos ni todos los falangistas crueles; pero no importa para la historia tal como fue: lo son porque la mayoría tiñe de su color a las excepciones».¹

MÍNIMO PLANTEAMIENTO PREVIO

El siglo XXI ofrece a los interesados en indagar en el campo de la memoria algunos cambios sustantivos respecto de las directrices que organizaban los relatos en el campo de conocimiento surgido como tal en la década del ochenta de la pasada centuria. Mi trabajo partirá –sin analizarlos en profundidad porque disponen de suficientes estudios autorizados– de dos de los cambios que considero de mayor repercusión en el campo de la literatura y géneros afines, debido a que trajeron aparejadas innovaciones de trascendencia en las narraciones sobre el pasado: la primera novedad es el protagonismo de una nueva generación en la transmisión de las experiencias del pasado; la segunda es la creciente intervención de los escritores en los debates y controversias sobre la historia vivida por sus mayores.

Una vez reseñadas dichas directrices me detendré en las aportaciones del historiador italiano Enzo Traverso respecto del tratamiento del pasado basado en los testimonios de las víctimas por considerar que señala vacíos y puntos débiles en una de las perspectivas más utilizadas actualmente en el campo de la memoria.

1. Max AUB, «Páginas azules», en *Campo de los almendros. Obras completas. El laberinto mágico II*, vol. III-B, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2002, pp. 395-403.

DOS ENFOQUES CLAVE EN LA NARRATIVA SOBRE EL PASADO EN EL SIGLO XXI

a) *De la era del testigo a la posmemoria: afiliaciones contracorriente*

Por razones biológicas, en el cambio de siglo cobró mayor evidencia que la llamada era de testigo llegaría pronto a su fin. La poderosa línea de indagación sustentada en las revelaciones de testigos directos de diferentes sucesos históricos, con particular detenimiento en episodios marcados por la inusitada violencia desplegada sobre víctimas desprotegidas, iba decreciendo en el escenario europeo con la previsible muerte de los informantes.

El testigo entonces dio paso a un nuevo concepto y a una nueva figura protagónica en la transmisión de la memoria, centrada en la generación de los descendientes de las víctimas, esto es, nuevos actores deseosos de conocer más a fondo los sucesos pretéritos lastrados por una transmisión imprecisa y fragmentaria que, sin embargo, dejaron profunda huella en sus predecesores –padres o abuelos– y cuya estela traumática persistía en el ámbito familiar. Como es sabido, fue Marianne Hirsch quien acuñó el término *posmemoria* para nombrar la actitud de una nueva generación que pese a no haber vivido los acontecimientos traumáticos se moviliza para compartir los padecimientos que sufrieron sus mayores y reconstruir lo sucedido valiéndose de materiales recuperados, fundamentalmente fotografías, cartas, filmaciones, objetos.²

Hasta aquí podemos considerar la definición genérica de posmemoria a la cual se apela para pensar el tratamiento del pasado a partir de una suerte de relevo generacional que debe afrontar nuevos desafíos y definir su papel como agente transmisor del pasado. En ensayos posteriores, Hirsch vio la pertinencia de ampliar el concepto para abarcar un tipo de identificación no vinculada a lazos de parentesco, sino a las afinidades ideológicas, por lo que introdujo la noción de posmemoria afiliativa frente a la filiativa o familiar.

La tesis de Hirsch ofrece puntos controvertidos cuando se proyecta fuera de la experiencia de la *Shoah*, el episodio traumático central de sus hipótesis. En España la posmemoria ha sido puesta en cuestión como herramienta extrapolable al estudio de la historia peninsular. Una de las críticas más tempranas proviene de Sebastiaan Faber,³ para quien entre la guerra civil y el Holocausto existen di-

2. Véase la inscripción de la tesis de Hirsch en los cambios del paradigma de los estudios sobre la memoria y su proyección en España en Laia QUÍLEZ y José Carlos RUEDA (eds.): «Pasados, presentes y generaciones», en *Posmemoria de la guerra civil y el franquismo. Narrativas audiovisuales y producciones culturales en el siglo XXI*, Granada, Comares, pp. VII-XXII.
3. Sebastiaan FABER: «La literatura como acto afiliativo. La nueva novela de la guerra civil», en Palmar ÁLVAREZ-BLANCO y Toni DORCA (coords.): *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010). Un diálogo entre creadores y críticos*, Madrid, Iberoamericana, 2012, pp. 101-110; ID: «Actos afiliativos y posmemoria: Asuntos pendientes», *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos*, II.1 (2014), pp. 137-156.

ferencias que no permiten trasladar el concepto, por una parte, debido a que las persecuciones no obedecieron a motivos étnicos, por otro, porque «la victoria de Franco, la Guerra Fría, y el pacto entre élites que hizo posible la transición democrática»⁴ concurren para una construcción diferente de la memoria; en consecuencia, no existe consenso sobre la condición de víctimas ni sobre la identificación afectiva intergeneracional, que no se discute en las familias judías supervivientes y, en cambio, puede adquirir facetas antinómicas en España. La memoria es un asunto controvertido en territorio peninsular porque no existe un trauma unificado y absoluto como lo es la *Shoah*, por el contrario, provoca el mutismo de las víctimas y obliga al descendiente a desarrollar estrategias para romper el bloqueo emocional o para rastrear mediante diferentes apoyos materiales y simbólicos el pasado silenciado.

Por las razones expuestas, Faber, que había abordado la misma cuestión casi en simultáneo con Hirsch y con similares observaciones, prefiere decir acto -filiativo o afiliativo- donde la investigadora rumana dice posmemoria y funda la diferencia en el peso que adquiere el debate ideológico en la posmemoria en España: «...la potencia de lo que yo he descrito como acto afiliativo en el caso español reside, en gran parte, en la dimensión política de la memoria histórica de la Guerra Civil y el franquismo, dimensión que, como hemos visto, apenas aparece en el esquema de Hirsch».⁵

En un extenso trabajo sobre la narrativa española, Joan Oleza también pone en duda la posmemoria directa o filiativa en España en razón de una posguerra y una transición que motivaron una relación discontinua con los protagonistas del trauma, y en la mayoría de los casos, muy mediatizada por la elaboración estética.

...como autores son mucho más el fruto de una herencia literaria que de una herencia traumática: son raros los casos de escritores que confiesan haber crecido envueltos en las narrativas de sus mayores, dominados por sus recuerdos de acontecimientos traumáticos.⁶

Constituye una excepción el escritor valenciano Alfons Cervera, que recientemente publicó sendas novelas sobre la dificultosa indagación de la represión sufrida por su padre, quien había reservado para sí una historia de persecuciones y renunciamientos.⁷ Sin embargo, su estética responde a una fina elaboración literaria, acorde con su inscripción etaria; en la generación de los nietos, o de los hijos tardíos de la posguerra, con trayectorias literarias más nuevas iniciadas en el cambio

4. Sebastiaan FABER: «Actos afiliativos y posmemoria...», pp. 137-156, esp. p. 149.

5. *Ibid.*, p. 148.

6. Joan OLEZA (en prensa): «La generación de la transición y las confrontaciones de la memoria histórica en España», en Mariela SÁNCHEZ: *Lecturas transatlánticas desde el siglo XXI: Nuevas perspectivas de diálogos en la literatura y la cultura españolas contemporáneas*. Al cuidado de Raquel MACCIUCI, La Plata, Libros de la FaHCE.

7. Alfons CERVERA: *Otro mundo*, Barcelona, Piel de Zapa, 2014.

de siglo, predominará la exploración de los relatos mestizos e intermediales. Javier Cercas es uno de los más claros exponentes de la creación de un registro híbrido con un alto grado de «efecto de realidad» mediante la fusión de la prosa literaria con el de otros discursos sociales, como el periodismo y la historia, sumados a materiales de archivo en la línea de la no ficción en su sentido original más estricto.

Pero es también un representante sobresaliente de un nuevo rumbo en la exploración del pasado de segunda generación, caracterizado por reconstruir genealogías *non sanctas*, en las cuales es figura principal un hombre público o un familiar anónimo que se situaron en el lado conservador o reaccionario; en el caso español, junto a quienes ejercieron el poder violenta e ilegítimamente.

En esta dirección, Sebastiaan Faber ha estudiado un subgrupo de novelas de la memoria española en el siglo XXI que se distingue porque el acto afiliativo, desafiliativo o re-afiliativo, lo realizan jóvenes cuyos ascendientes –padres o abuelos– estuvieron en el bando de los vencedores, y si no fueron directamente victimarios, los apoyaron o cumplieron funciones junto a ellos; es decir que la indagación hasta entonces centrada en las víctimas se extiende ahora al ala derecha y conservadora del espectro ideológico, aunque no necesariamente la filiación familiar llevará a la nueva generación a consubstanciarse con las ideas políticas o con los actos del predecesor.⁸

b) *La intervención del escritor implicado*

El segundo rasgo de primordial gravitación en la novela de la memoria en el siglo XXI es el papel público y notablemente implicado que asume el escritor, en directa relación con la impronta política de la exploración del pasado en España –semejante a lo que sucede de los países latinoamericanos– y con una recuperación *aggiornada* de la función social de la literatura. El escritor se ha convertido en una suerte de escáner de la sensibilidad social ante las deudas de la memoria y en un intérprete de las voces del pasado.⁹ El mandato moral de salvaguardar a las víctimas del olvido y de no contribuir a la impunidad de los perpetradores se convierte en un estímulo del relato. Las obras trascienden el ámbito de la literatura y constituyen temas centrales de la opinión pública, y en muchas ocasiones generan nuevos diálogos y polémicas intra y extraliterarios que incluso pueden dar lugar a nuevas novelas. Así pues, tres novelas posteriores a 2001 que citan a Antonio Machado en sus títulos –*El vano ayer* de Isaac Rosa (2006), *Mala gente que camina* de Benjamín Prado (2006) y la ya citada *El corazón helado* de Almudena

8. En el artículo publicado en 2010 Faber se ocupa principalmente de *Soldados de Salamina* de Javier Cercas (2001), *Tu rostro mañana*, de Javier Marías (2002, 2004, 2007), *La voz dormida* de Dulce Chacón (2002), *Enterrar a los muertos* de Ignacio Martínez de Pisón (2005) y *El corazón helado* de Almudena Grandes (2007), en el artículo de 2014 aborda *Ayer no más* de Andrés Trapiello (2012).
9. Desarrollo esta cuestión en «La memoria traumática en la novela del siglo XXI. Esbozo de un itinerario», en Raquel MACCIUCI y M.^a Teresa POCHAT (dirs.): *Entre la memoria propia y la ajena. Tendencias y debates en la narrativa española actual*, La Plata, Ediciones del Lado de Acá, 2010, pp.17-50.

Grandes (2007)¹⁰ pueden considerarse una respuesta al escéptico juicio sobre las convicciones republicanas sobre Antonio Machado, vertido por Javier Cercas en *Soldados de Salamina* y en un artículo anterior publicado en el diario *El País*.¹¹

LA MEMORIA DEL PENSAMIENTO LIBERAL

Junto al enfoque afiliativo y la puesta del foco sobre el perpetrador, o, en algunos casos, del habitante de la zona gris,¹² Faber hace suya la preocupación manifestada por otros estudiosos sobre la tendencia subyacente en la narrativa reciente a homologar los extremos del arco ideológico. El desvío de la atención desde los grandes acontecimientos y sus protagonistas hacia el interés por ahondar en la personalidad, las circunstancias o incluso, los valores humanos de los actores anónimos u olvidados que concluye con una condena de la violencia por igual de los bandos enfrentados suele estar acompañado por la manifiesta dificultad o indiferencia por tratar el problema en toda su compleja dimensión. El resultado es una igualación de los opuestos muy funcional a los postulados de la ideología liberal, según el juicio formulado por López Gómez-Quñones que resume el mismo Faber:

...la noción liberal del *reconocimiento* del sufrimiento individual de la víctima como víctima (y no, por ejemplo, como activista político) a menudo presupone un marco que busca *acomodar* memorias diferentes en una convivencia tolerante pero que, al mismo tiempo, excluye cualquier proyecto político que pueda cuestionar el proyecto liberal.¹³

Se destaca con especial énfasis dicha tesis por converger con similares hipótesis de Enzo Traverso, nucleares para el presente trabajo.

10. Por razones de pertinencia con el tema de este artículo no me detendré en otras características de la literatura del siglo XXI también presentes en la narrativa de la memoria, pero por la estrecha articulación con la voluntad del escritor de romper la «campana neumática» de la ficción es oportuno aludir al auge de registros literarios mixtos, no sujetos a los géneros canónicos, que incorporan modalidades tomadas de la prensa, de la ciencia histórica, de los géneros del yo. Operaciones que el articulismo literario venía haciendo desde tiempo atrás, se realizan ahora en un sentido inverso, de la prensa al libro. La obra de Javier Cercas sería un claro ejemplo de este intercambio discursivo con la Transición como lugar de encuentro simbólico que «las jóvenes generaciones “revisitan” con ávida curiosidad, distanciado respeto y honrado contrabando». Raquel MACCIUCI: «Narrativa española de los años setenta: visión expandida», *Alp: Cuadernos Angers-La Plata*. Monográfico *Las transiciones políticas: España y América Latina*, 6 (2006), La Plata-Angers, pp. 7-20.

11. Véase Federico GERHARDT: «Infección y bibliografía. (En torno a *Soldados de Salamina* de Javier Cercas)», Raquel MACCIUCI y M.^a Teresa POCHAT (Dir.): *Entre la memoria propia y la ajena...*, pp. 225-297.

12. El concepto de *zona gris* se ha ido complejizando desde que lo acuñara Primo Levi. En esta oportunidad, Enzo Traverso lo utiliza para referirse a «los indecisos y los observadores no comprometidos» en la década del treinta, cuando la polarización ideológica hacía cada vez más insostenible la indefinición ideológica. También incluye en esta categoría al «vasto grupo indistinto de todos aquellos que, por miedo, por rechazo de la violencia o por oportunismo no pudieron o no quisieron elegir su bando durante la guerra civil». Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego...*, pp. 249 y 14.

13. Sebastiaan FABER: «La literatura como acto afiliativo...», p. 149.

LA TESIS DE ENZO TRAVERSO

Ante los dos rasgos de los relatos de la memoria en el siglo XXI –actos filiativos y afiliativos de una generación que no vivió directamente los sucesos traumáticos y la intervención del autor en los debates que suscita el pasado– los cuales se expanden por fuera del texto literario y del campo específico de la literatura, cobra mayor trascendencia la reflexión de Enzo Traverso sobre la forma en que mayoritariamente estos relatos resuelven la explicación sobre los motores ideológicos que movieron a los grandes actores de la historia.

También cobra particular relevancia la vinculación que encuentra entre el nuevo orden liberal y la tendencia que registra a poner el foco en las historias que indagan en los sentimientos y en las motivaciones individuales de los afectados antes que en las motivaciones ideológicas y políticas que movían a los colectivos sociales. La visión bipolar de la historia, en la cual los extremos se tocan y las diferencias se anulan favorecen la defensa de un supuesto justo medio basado en un humanismo de validez universal que desmerece las ideologías.

En *A sangre y fuego. De la guerra civil europea. 1914-1945*,¹⁴ Traverso realiza un extenso recorrido por las guerras que asolaron el viejo continente en la primera mitad del siglo XX, a las cuales considera etapas de una única gran guerra civil europea que se extendió desde 1914 a 1945. Su documentado libro se propone volver a prestar atención a los grandes motores y actores de la historia para esclarecer al máximo las cotas de violencia inimaginable que ejercieron en Europa los bandos en pugna de variada ideología, pero evitando –lo subraya especialmente– la fácil homologación de las partes involucradas a partir de una visión ético moralizante de la historia con valor atemporal y alcance universal. Por el contrario, tiene especial interés en señalar la distancia que media entre el fascismo y los proyectos –marxistas, comunistas, socialistas– herederos del iluminismo que buscaban extender los ideales igualitarios de la modernidad.

Las tesis reseñadas ofrecen una base especialmente idónea para analizar cómo se resuelve esta cuestión en la narrativa española del siglo XXI que aborda la guerra civil o la posguerra. Como se verá, las hipótesis de Marianne Hirsch constituyen un punto de partida para analizar cómo la posmemoria ha terminado eclipsando otros tratamientos de la memoria en el siglo XXI igualmente necesarios. Hoy pareciera que un estudio sobre pasados traumáticos que no incluya posmemoria en su enunciado no consigue crear expectativa.¹⁵

14. Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1943*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

15. No me detendré en otra cuestión decisiva planteada por Faber: la duda sobre el lugar de la literatura y su capacidad de contribuir con saberes fehacientes al campo de la memoria. Es siempre oportuno recordar el delicado diálogo entre memoria e historia, para advertir el diferente estatuto de verdad en una obra de creación, pero también sería ocioso reiterar razonamientos que desde el último cuarto del siglo XX han legitimado el papel de la literatura y otros discursos sociales y estéticos en la construcción y comprensión de una realidad que no se resuelve solo con

Enzo Traverso da por concluida «la era del testigo», que puso el acento de las indagaciones sobre la historia reciente en la transmisión del testimonio directo de las víctimas que pasaron por situaciones de extremo padecimiento debido a la violencia emanada del estado o de grupos con capacidad para ejercer el poder y la fuerza omnímodos. El concepto que consagró Annette Wieviorka tuvo su hito fundante en el juicio a Adolf Eichmann, iniciado en Jerusalén en 1961 y, entre otras derivaciones, visibilizó y dio voz a las víctimas silenciadas.¹⁶

Sin dejar de reconocer y valorar la productividad del desplazamiento del paradigma positivista que consideraba el documento escrito la principal fuente de las investigaciones, hacia otro tipo de fuentes, como el testimonio oral, el historiador italiano recuerda que el diálogo entre memoria e historia y la puesta del foco en los testigos olvidados se desentendió en exceso de los grandes actores de la violencia, es decir, de «aquellos que la hacen y, cuando la padecen, la asumen como una consecuencia previsible de sus elecciones».¹⁷ Aunque considera que los damnificados de la historia deben continuar siendo objeto de atención y estudio, sostiene la conveniencia de restablecer «el equilibrio en la perspectiva histórica volviendo a dar visibilidad a los actores de las guerras y las revoluciones, tanto a los vencedores como a los vencidos»,¹⁸ pues en ellos residen las claves esenciales para entender el ciclo de violencia europeo en la primera mitad del novecientos. En consecuencia, su estudio se ocupa de los vencidos de un amplio espectro ideológico, sean Manuel Azaña o Rosa de Luxemburgo; Carl Smith o Ernst Jünger.

La era del testigo, al privilegiar la memoria de las víctimas de episodios aborrecibles, elaboró una visión de la guerra, de la resistencia y del antifascismo que de hecho respondía a la sensibilidad y las opiniones de principios del último entresiglo, y no a la mentalidad y las circunstancias de quienes protagonizaron la cultura europea en la larga guerra civil de la primera mitad del novecientos; frente al recuerdo de las víctimas inocentes, «el de los combatientes ha perdido toda dimensión ejemplar, salvo como un modelo negativo», con el resultado de que fascistas y comunistas son condenados por igual como representantes de una Europa totalitaria.¹⁹ La identificación con las víctimas y la escasa preocupación por los actores principales de la historia tiene su fundamento en el pensamiento de Max Weber, que opone la «ética de la convicción» a la «ética de la responsa-

documentos e información contrastada. Del mismo modo, hay sobrados argumentos sobre el influjo de escritores, intelectuales y artistas en la interpretación del mundo, en su doble papel de receptores del clima social y de influyentes agentes que contribuye al cambio de las mentalidades y a la formación de la opinión pública.

16. Débora CERIO: «El resto del pasado. Historia, memoria y testimonio en la perspectiva de Giorgio Agamben». Comunicación: I *Jornadas de Historia Reciente del Noroeste Argentino: Memoria, fuentes orales y ciencias sociales*, 2010. <<http://www.historiaoralargentina.org/attachments/article/1erasjhrnoa/3.1%20CERIO.pdf>> [Consultado: 12/10/2018].

17. Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego...*, p. 13.

18. *Ibid.*, p. 13.

19. *Ibid.*, p. 14.

bilidad», con privilegio de la segunda sobre la primera, cuando en la práctica, siempre según Traverso, el esquema binario no sirve para describir y explicar el amplio registro de comportamientos que adoptaron los diferentes actores del conflicto en situaciones difícilísimas. Para el presente estudio, es clave destacar que la predilección por la «ética de la responsabilidad» tiende a reducir los enfrentamientos de la pasada centuria a una catástrofe humanitaria que funciona como ejemplo modélico de las nefastas consecuencias de la violencia y del igualmente destructivo efecto de las ideologías. En este punto crucial, rechaza taxativamente la descalificación de las ideologías y las utopías que guiaban a muchos combatientes; en cambio, sostiene la importancia de discriminar unas de otras, porque, a pesar de que todas las guerras encierran una tragedia, «algunas merecen nuestro compromiso».²⁰ La equiparación de las ideologías de izquierda y de derecha y la exaltación del espíritu fraterno que vela, supuestamente, por el hombre real, ocultan en verdad la visión de la era liberal conservadora triunfante, que «presenta al humanismo como el corolario indispensable del liberalismo, inmunizado contra las ideologías y surgido de las cenizas de un siglo de horrores».²¹

Por otra parte, Traverso critica igualmente la descalificación taxativa de quienes combatieron el nazismo aliados con Stalin. En forma similar, después de 1945, el nuevo orden emergente en el mundo occidental, en el marco de la guerra fría, comenzó a realizar una drástica revisión del antifascismo donde se ven los orígenes del actual esquema de dos polos opuestos pero gemelos. El movimiento antifascista que animó y unificó a la intelectualidad de Occidente contra el nazismo fue denunciado como una construcción y una práctica que bajo sus nobles ideales ocultaba un germen totalitario igual al que combatían. Tales imputaciones desconocen y anulan la complejidad de una fuerza solidaria y movilizadora, atravesada por fuertes debates internos, tal como fue la Resistencia en sus distintas conformaciones, a la cual se tacha de simple disfraz democrático del comunismo, de empresa propagandística orquestada por la URSS, de ritual que escondía una concepción totalitaria y un plan de expansión disimulado con la máscara humanitaria del internacionalismo de izquierdas. Traverso discrepa absolutamente y dedicará un capítulo especial para explicar minuciosamente las razones por las cuales la URSS era considerada una aliada imprescindible para luchar contra Hitler, y juzga parte de la misma operación al servicio del liberalismo triunfante en el siglo XXI, la percepción de la revolución rusa solo como un caldo del totalitarismo estalinista ignorando su legado de acto emancipador de alcance universal. Frente a estas argumentaciones de solapada raíz conservadora, *A sangre y fuego* se erige como una historia contraria a los anacronismos que otorgan la validez de un saber atemporal al rechazo de la violencia y del autoritarismo en el presente. Con una metodología rigurosa el pensador piamontés demuestra la

20. *Ibid.*, p. 17.

21. *Ibid.*, p. 17.

falta de sustento científico del razonamiento preconizado por la actual mentalidad posttotalitaria cuando intenta transformar «una categoría ético política en una categoría histórica, pensando que la condena moral de la violencia puede reemplazar su análisis e interpretación».²²

Para desarrollar su pensamiento, incorpora a la ciencia histórica los saberes provenientes del campo de la memoria, aclarando que, por razones etarias, la suya no es la memoria de un testigo, sino una posmemoria, en el sentido de Marianne Hirsch, pero con un alcance amplio y sin que constituya una pieza clave de su estudio. Con sus palabras: «una memoria colectiva de la cual he ido recibiendo fragmentos desde mi infancia»,²³ da a entender que se trata de una posmemoria afiliativa sin que medie una experiencia traumática intrafamiliar. Aclara por otra parte que entiende su oficio de historiador como necesariamente atravesado por su propia subjetividad y desde una perspectiva ética que no resigna la voluntad de cambiar el mundo, por el contrario, busca la forma de hacerlo en un nuevo contexto. Si bien rechaza la visión mitificada de los grandes actores del siglo XX, afirma, con un ejemplo muy oportuno para este trabajo, que pese a condenar las violaciones de mujeres alemanas por el ejército soviético en 1945, no asimila la guerra soviética con la del nazismo, y si recuerda «las atrocidades de los republicanos españoles, no es para ponerlos en un pie de igualdad con los franquistas», por lo que es su deber y propósito tratar de comprender y explicar las causas de tantos actos atroces.²⁴

CONCLUSIONES PARCIALES

Las tesis de Traverso desarrolladas en su libro y expuestas programáticamente en el capítulo introductorio, ponen de manifiesto que memoria, posmemoria e historia pueden conciliarse para lograr rigor científico sin renunciar a la intervención política, previa advertencia sobre las premisas ilusorias de imparcialidad que encierra el concepto. Comenzando por el patente desmarque de la equidistancia, y siguiendo por el desenmascaramiento del discurso pretendidamente desideologizado esgrimido por la clase neoliberal del siglo XXI, su ensayo ofrece tratamientos renovados y polémicos sobre viejas cuestiones.

Pese a que la historia es la disciplina básica de Traverso, su pensamiento constituye una directriz especialmente idónea para ser incorporada al análisis de las representaciones junto a otros supuestos teóricos y procederes del quehacer literario. En particular, aporta una base sólida para un corpus novelístico sobre el pasado en el que abundan las vidas privadas y los procesos individuales y

22. *Ibid.*, p. 17.

23. *Ibid.*, p. 21.

24. *Ibid.*, p. 27.

familiares. Las observaciones son especialmente productivas en el escenario contemporáneo, cuando la memoria aparece a menudo hipertrofiada y reductible a una cobertura de fácil asimilación y cuyos temas pendientes deben concertarse –cuando a veces se distancian– con el legítimo júbilo de haber logrado una España y una Europa pacificadas. En este contexto favorable a generar consensos, con frecuencia los autores tienden a interpretar el pasado desde los parámetros presentes, y, por tanto, desconocen la fuerza moral que movía a los hombres y mujeres que se enfrentaron al fascismo y a las iniquidades del sistema capitalista.

Es del mismo modo fundamental para mis reflexiones la no distinción entre la era del testigo y la era de la posmemoria en su crítica a la postergación del tratamiento de los factores ideológicos que movieron a los protagonistas de la historia, y fueron progresivamente suplantados por la recuperación de la experiencia individual e intrafamiliar de los actores anónimos alejados del centro de las decisiones. Vale aclarar que lejos está el profesor italiano –y la autora de este trabajo– de minusvalorar la enorme trascendencia que ha tenido para una mejor comprensión de los hechos traumáticos, la incorporación de las voces de los damnificados y olvidados por la historia, ni desconocer cuánto ha enriquecido el acceso al pasado la búsqueda de nuevos formatos y géneros que favorecieran su expresión, desde la historia oral a diversas formas emparentadas con la no ficción, la autoficción, o con la prosa periodística de creación y las innovaciones del nuevo periodismo. Se trata, en cambio, de poner de relieve que la desatención o simplificación de las razones ideológicas que se ha producido tanto en la era del testigo como en la de la posmemoria deja muchas preguntas abiertas, y para responderlas es necesario dar visibilidad junto con las víctimas también a los actores de las guerras y las revoluciones.

Al respecto, Traverso condena la no discriminación entre acto revolucionario y totalitarismo estalinista; generalmente acompañado de un menoscabo de los personajes que encarnan la ética de la convicción, en particular si son militantes comunistas.²⁵ En la narrativa española de las últimas décadas del siglo pasado, es fácil constatar que cuando aparece un comunista, terminará desprestigiado e investido de atributos negativos de variada índole.

Con relación a las aportaciones de Traverso reseñadas, el presente trabajo se propone: a) analizar los actos de memoria de las generaciones de los descendientes en estrecha relación con la búsqueda de una cabal comprensión de las razones que alentaron a los grandes actores de la historia; b) verificar en qué grado son

25. En España debería analizarse si la desvalorización del movimiento antifascista no se extiende en forma similar a la lucha clandestina del Partido Comunista durante el franquismo. En «La memoria traumática en la novela del siglo XXI. Esbozo de un itinerario» me detengo en estas representaciones que tienen un precedente paradigmático en *Autobiografía de Federico Sánchez* de Jorge Semprún (1977), más efectivas en cuanto provienen de un exintegrante del Comité Central. Asimismo, en sus cuatro novelas autobiográficas dedicadas a su experiencia del Lager en Buchenwald, la crítica a los dirigentes comunistas se incrementa en cada entrega, así como también es muy crítico en *Veinte años y un día* (2003).

directamente proporcionales a los intereses de la ideología liberal, o neoliberal la dificultad o la resistencia a comprender en su contexto histórico, y no en el del siglo XXI, la apuesta por la ética de la convicción que prevaleció en Occidente ante la amenaza del fascismo y el elogio de la ética de la responsabilidad como razón humanitaria sin el lastre de la ideología.

Para explorar estas directrices esbozaré algunas apreciaciones de la muy comentada novela *Soldados de Salamina*²⁶ para detenerme luego en *El monarca en las sombras*,²⁷ ambas de Javier Cercas. La primera parcialmente, y la segunda en su total planteamiento, se inscriben en el patrón ya mencionado que emergió con posterioridad a la exploración de las experiencias de hijos o nietos de damnificados de violencia y persecución extremas. En el polo opuesto, los descendientes se sumergen ahora en la vida de los victimarios o de quienes compartieron sus ideas o apoyaron de alguna manera los crímenes, esto es, la zona gris de los cómplices y partícipes necesarios; los relatos por tanto se estructuran generalmente en torno al proceso retrospectivo de los descendientes que se enfrentan a un pasado familiar desconocido o intentan analizar distanciadamente una herencia que los agobia.

MILICIANOS Y FALANGISTAS «MUY SIGLOVEINTIUNO»: EL MONARCA DE LAS SOMBRAS

La última novela de Javier Cercas tiene en parte garantizado su impacto por el nombre del autor y el precedente de la exitosa *Soldados de Salamina*, en la cual Cercas practica un esquema narrativo que repetirá con variantes en la novela publicada en 2017. Este relato ficcionaliza la investigación llevada a cabo por el descendiente directo de un falangista que ignora casi todo de su antepasado debido al velo de silencio que la familia tendió sobre él. El personaje en la mira, Manuel Mena, es tío abuelo del novelista Javier Cercas, quien se abocará a reconstruir la vida de su pariente mediante documentos, entrevistas, localizaciones y material bibliográfico. La búsqueda y la reconstrucción definen los dos planos narrativos y temporales de la novela, el correspondiente al pasado de Manuel Mena, su infancia en Ibahernando, en la provincia de Cáceres donde nacieron tío y sobrino, y el plano del tiempo presente del trayecto del escritor e investigador por distintos sitios de la geografía española tras las huellas de su tío, especialmente en dos anclajes clave, la Extremadura del suelo natal y la zona de Cataluña donde combatió y murió.²⁸

26. Javier CERCAS: *Soldados de Salamina*, Madrid, Cátedra, 2017.

27. Javier CERCAS: *El monarca de las sombras*, Madrid, Randon House, 2017.

28. Las novelas de memoria filiativa ofrece un subgrupo sugestivo marcado por la relación sobrinos-tíos, cuando los antepasados no han dejado descendientes directos. Véase Mariela SÁNCHEZ: «El cuento del tío. Relato heredado o cómo narrar(nos) vidas de héroes familiares. Refracciones de la memoria de la guerra civil española», en Virginia FORACE y María PASETTI (comps.), *Actas del VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 2022-2030.



Ilustración de la serie *Los días rojos de la memoria*, de Ana Penyas (basada en las memorias de Longinos Lozano)

Manuel Mena es un falangista que se enrola como voluntario en el bando sublevado, llega a ser alférez provisional, forma parte del tabor de Tiradores de Ifni, y muere a los 19 años en la batalla del Ebro. Como en *Soldados...*, el lector se encuentra con tres Javier Cercas: el autor empírico, que queda fuera del texto, pero se presente, el narrador Javier Cercas, proyección del primero, con indudables marcas autobiográficas y autoficcionales que se expresa en primera persona, y el personaje Javier Cercas, nombrado por el anterior en tercera persona del singular y cuyas indagaciones sobre el antepasado de Falange Española son seguidas por el narrador a lo largo del libro.

*El monarca...*²⁹ ofrece un ejemplo oportuno para ser examinado como un acto de memoria filiativa, intimista e intrafamiliar mediante la reconstrucción de la biografía del personaje en el marco de la II República y la guerra civil que el narra-

29. Javier CERCAS: *El monarca de las sombras*, Madrid, Random House, 2017.

dor describe paralelamente. No será cometido de este trabajo analizar los recursos retóricos y el taller narrativo de la novela; solo se consigna que Cercas vuelve a demostrar su pericia como novelista y el dominio virtuoso de determinadas estrategias que ya constituyen «un sello de fábrica», eficaces a pesar de su previsibilidad.³⁰

Para nuestro cometido, interesa señalar que como en *Soldados...*, Cercas logra crear una tensión entre diferentes juicios y testimonios directos sobre el pasado, estableciendo una ambigüedad cuya resolución deja librada a la lectura e interpretación del lector. Sin embargo, los interrogantes y las respuestas posibles siempre ofrecen más de una alternativa, incluso contradictorias entre sí, de modo que cada interpretación puede tener su opuesta, igual de sólida e igual de frágil. Lo sabe el autor extremeño cuando se lo hace formular al amigo/personaje David Trueba: «No sé tú, pero si hay algo que detesto en un cuento son esos finales sentenciosos y concluyentes, que lo aclaran todo».³¹

Es probablemente la aptitud para dejar abiertos los momentos más álgidos, un entre dialógico y polémico; conciliador sin ser totalmente desideologizado, identificado con los valores democráticos y la ética de la responsabilidad del siglo XXI más que con la ética de la convicción de principios del siglo XX, unido a la original y compuesta –en el doble sentido de mezclada y cuidada– arquitectura narrativa, lo que otorga a esta novela, como antes a *Soldados...*, un don añadido de oportunidad y acierto –la maquinaria editorial hace luego su parte–. La muy característica modalización dubitativa, –sí pero quizás no–, los temas de máxima actualidad y el cruce estratégico entre la literatura y la política son altamente sugestivos tanto para el lector vocacional como para el politizado y garantizan seguros debates posteriores en los cuales el propio novelista extremeño también queda en la diana. Vuelve a ser David Trueba quien le presta la voz para autoevaluarse –y justificarse–: «Escribas lo que escribas, unos te acusarán de idealizar a los republicanos por no denunciar sus crímenes, y otros te acusarán de revisionismo o de maquillar el franquismo por presentar a los franquistas como personas normales y corrientes y no como monstruos».³²

La profusión de elogios en igual grado que de críticas que mereció la obra corrobora que Cercas percibe con perspicacia los dilemas sin resolver de la sociedad española ante su pasado y ofrece para la polémica una versión desprovista de sus aristas más extremas. El autor extremeño realiza una operación compatible con un país y un continente pacificado, con democracias estables y un *establishment* de signo liberal que preconiza la ética de la responsabilidad. Pero al con-

30. Sobre *Soldados...* sobran comentarios críticos que demuestran la originalidad y el dominio del arte de narrar del autor, los cuales se ratifican en *El monarca...* Véase Domingo RÓDENAS DE MOYA: «Introducción», en Javier CERCAS. *Soldados...*, pp. 9-188. Ambas novelas constituyen un ejemplo modelico de la hibridez genérica y la conjunción de diferentes discursos sociales aludidos en la nota 9.

31. Javier CERCAS: *El monarca...*, p. 131.

32. *Ibid.*, p. 38.

trario de la tónica condena de los polos del espectro ideológico cuestionada por Traverso, que acentúa los rasgos distintivos más extremos y denostados de los antagonistas –resumida en la imagen de los dos demonios, o de «los extremos se tocan»– Cercas, los atenúa para que confluyan, no en los extremos, sino en el bien avenido centro. De este modo, a una sociedad que desea la paz y teme al tópico del cainismo atávico español, en *Soldados...* le ofrece un combatiente de izquierda –encarnado en Miralles– que se juega la vida por los valores democráticos y occidentales, y una derecha personificada en un ideólogo, intelectual al fin, ministro mediocre del régimen franquista y más que regular escritor. No importa si es un poco contradictorio que el combatiente que salva a Sánchez Mazas de una muerte segura y luego entra a París con la División Leclerc, sea un veterano de guerra que había pasado tres años enrolado nada menos que con Enrique Lister, máximo estratega del ejército republicano, comandante del legendario V Cuerpo del Ejército y líder comunista a quien se atribuye el fusilamiento de cincuenta prisioneros en el santuario de Collell, y que en la transición política llegó a enfrentarse con Carrillo en defensa de la vía soviética frente al eurocomunismo.

En el ángulo opuesto, Sánchez Mazas, fundador de Falange Española, se mostrará como un desamparado –aunque no inocente– prisionero socorrido por un grupo de campesinos a quienes recompensará más tarde, cuando sea un alto funcionario del régimen, aunque efímero, displicente y poco valorado por el dictador. Así rehabilita al miliciano al servicio del líder comunista con el reclutamiento en la columna de unos de los militares más legendarios de las fuerzas aliadas en la segunda guerra mundial y recuerda, oportunamente, que el francés contó con un sustantivo apoyo de excombatientes de la guerra civil española; en el otro flanco, nada se dice de las soflamas racistas de un joven Sánchez Mazas en los diarios de Bilbao y aunque se recuerda su responsabilidad como autor de los discursos incendiarios de Falange, no deja de aparecer como una víctima de la violencia del signo contrario. En definitiva, las novelas de Cercas, los extremos son menos opuestos y más asimilables a la mentalidad del siglo XXI.

En *El monarca...* construye de forma similar el personaje de su tío abuelo. Lejos tanto del revisionismo como de las condenas lapidarias, el joven muerto en la batalla del Ebro es un honesto guerrero, buen hijo y desencantado combatiente que se sacrifica para evitar que su hermano con familia a cargo sea enviado al frente en su reemplazo. Al final del libro queda patente que la guerra es nefasta para todos, y que los soldados, aun los del bando victorioso, son víctimas de la atroz maquinaria bélica. Queda también demostrado que un falangista también puede ejercitar con autenticidad la ética de la convicción, con lo cual queda aún más desvalorizada. Y para mucho ha de constituir un mérito de Cercas recordar que Falange además de convertirse en una temible fuerza paramilitar también proveyó de fuerzas regulares a los sublevados gracias a voluntarios sometidos a un entrenamiento *exprés*, escasamente preparados y altamente expuestos en el combate, los famosos alféreces provisionales, cuyas bajas sobrepasaron las de todos los demás rangos.

Para que el efecto conciliador sea eficaz, el autor relata diferentes hechos históricos mediante una misma estrategia, la focalización del detalle, propia de la memoria en la era del testigo y de la posmemoria. Con una misma lente macro, acerca los pequeños espacios y evita los grandes escenarios.

La batalla del Ebro se contará a partir del mojón que Manuel Mena tuvo que defender y donde cayó herido. La historia de la guerra civil y de Falange Española, a partir de un pequeño pueblo de Cáceres; no hay una gran batalla del Ebro y no hay un gran paseo militar genocida por Extremadura. Retomando un viejo esquema narratológico, se aprecia que se apela al resumen condensado para el relato de grandes acontecimientos –por ejemplo, en la primera mitad del capítulo 6 se vuelca apretadamente la ocupación de Extremadura por el ejército de Yagüe– mientras prefiere la forma representativa y morosa para el entorno familiar de Manuel Mena y sus peripecias hasta que se integra en el tabor de Ifni.

El monarca... comparte con *Soldados...* la traducción de la historia a los actuales valores, investidos de alcance universal, muy lejos de interpretarlos a la luz de su propio contexto histórico y de los valores éticos que movilizaban los grandes movimientos sociales.

El relato, en este sentido cumple su cometido: adentrarse en la vida cotidiana de las aldeas, cuyos habitantes parecen ser más objetos que sujetos de la historia y que finalmente, como el abuelo del escritor, resuelven los dilemas ideológicos de acuerdo con sus valores éticos personales (el abuelo materno rompe con la Falange y con el franquismo). En su búsqueda de saber y comprender, Cercas retrata un falangista casi naif, de equivalente perfil al del joven Miralles de *Soldados...*, que a pesar de ser un veterano de la batalla del Ebro y combatiente de V Regimiento de Líster, es descrito como un novato, que nunca supo muy bien por qué había luchado durante tres años, y ya en el exilio, para huir del campo de Argelès-sur-Mer se alistó en la Legión Francesa con la misma indeterminación, para ser luego engañado por Leclerc y, finalmente, le tocó ofrecerse como voluntario porque perdió a la taba con otros soldados.³³ Por fortuna se impone la justicia poética y termina luchando a favor de los aliados que liberaron Europa por el lado occidental. Más difícil lo hubiera tenido Cercas si en lugar de combatir al nazismo bajo la bandera francesa (o norteamericana, según se mire) y liberar París, Miralles –incluso con mayor verosimilitud– hubiera encarnado a un comunista confeso y consecuente exiliado en la URSS y hubiera liberado a Europa desde el lado oriental, entrando en Berlín, no encaramado en el tanque *Guadalajara* sino bajo la bandera de la hoz y el martillo.

Aunque en *El monarca...* no hay loas finales a Manuel Mena, se desprende una rehabilitación del falangista honrado que permite un final feliz al arduo trabajo de posmemoria. Nada es ilegítimo en la operación, aun cuando el resultado hubiera sido tenebroso si Cercas –el escritor, el narrador y el personaje– se hubiera

33. Javier CERCAS: *Soldados...*, p. 348 y ss.

encontrado con el prototipo del falangista dominante en los territorios ocupados por el ejército sublevado –más aún si se trata de Extremadura y de las zonas controladas por Yagüe– con su historial de asesinatos, atropellos y violaciones. Como también hubiera sido arduo el tratamiento narrativo, incluso más, si el tío abuelo hubiera sido de izquierdas y dirigente comunista con un prontuario de checas, sacas y paseos a sus espaldas. La gran diferencia –que en la narrativa actual no suele intentar dilucidar– radica en que mientras los impulsos autoritarios, elitistas y racistas del fascismo forman parte de unas de las páginas más negras de la humanidad, los ideales y logros de la revolución proletaria constituyen valores que se pueden invocar sin avergonzarse, han sido incorporadas a la legislación de los países capitalistas con cotas más altas de justicia social, y son defendidas sin desvelo cuando se intentan conculcar. Lo que demuestra que los orígenes y la naturaleza del comunismo y del fascismo eran diferentes, la cuestión clave que «el antitotalitarismo liberal parece incapaz de comprender».³⁴

Tampoco Cercas duda de qué lado está la causa justa –insiste reiteradamente que su familia franquista estuvo en el bando equivocado– pero no está exento de un análisis anacrónico y descontextualizado que iguala a los contendientes. Esta vez la reflexión que reparte culpas por igual saldrá de la boca del primo Alejandro en la ficción: «Pero también me irrita la interpretación sectaria o religiosa o infantil de la guerra, según la cual la República era el paraíso terrenal y todos los republicanos fueron ángeles que no mataron a nadie y todos los franquistas demonios que no paraban de matar; es otra mentira...»³⁵, como si la suspensión de las normas que rigen la convivencia en los sistemas democráticos se debiera solo a factores de índole extremista en ambos bandos, cuando justamente, «la guerra civil es precisamente un momento en el cual esas normas se revelan caducas».³⁶ La cuestión de la violencia, como lo demuestra Traverso en su libro, es de suma complejidad y no es menor el debate anexo sobre la legitimidad de la violencia en determinadas circunstancias –debate impensable en el presente, ni siquiera con mirada retrospectiva. En el apartado «Dilemas éticos» el historiador del Piamonte desmonta las condenas simplistas con una fina cita de Trotsky contra lo que este denominó «efluvios morales» de la pequeña burguesía intelectual, a la que invita a formar una comisión que «escriba un código moral de la guerra civil».³⁷

Otra de las derivaciones más generalizas de los argumentos esgrimidos por la «moral de la responsabilidad» en la Europa post Guerra Fría y post muro de Berlín, se manifiesta en la dificultad de abordar en toda su complejidad la alianza en los años treinta de demócratas y comunistas –incluso estalinistas– para combatir la amenaza fascista.

34. Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego...*, p. 260.

35. Javier CERCAS: *El monarca...*, pp. 179-180.

36. Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego...*, p. 11.

37. *Ibid.*, pp. 239 y 243.

Asimismo es harto simplificador pensar en la antinomia demócratas/antidemócratas en los mismos términos que en la actualidad, en un momento en que la democracia era inoperante por más de una razón: por la ineptitud y desprestigio acumulado durante décadas de alternancia estólida de dos partidos en el poder; porque como se ha analizado en múltiples ocasiones, la polarización en Europa entre fascismo y comunismo volvió inviables otras alternativas, debido en parte, a la elección reaccionaria de los demócratas: En Alemania, «las élites se desprendían de su liberalismo de fachada y dismantelaban la democracia de Weimar preparando el advenimiento de Hitler»;³⁸ en España desde fines del siglo XIX el empuje del proletariado progresivamente organizado vivió las fieras represalias del poder político y económico que se sentía amenazado por los nuevos sujetos sociales.³⁹ Como es sabido, a principios del novecientos el descrédito de los gobiernos democráticos y el fortalecimiento de las internacionales obreras generó reclamos que no tenían en la democracia su mejor aliado; «en un contexto tal, en Europa occidental, la URSS aparecía más apta para contener el fascismo que las fuerzas tradicionales de un liberalismo decadente». Y cuando Traverso dice «Europa occidental», lo ilustra con las figuras de Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno.⁴⁰ Cercas solo plantea una opción, fascismo o democracia, y no se adentra en una época en que la opción revolucionaria y las utopías constituían un norte más prometedor para muchos. En el mismo sentido se manifiestan otros críticos, como Domingo Ródenas: «la novela [*El monarca...*] es una condena sin paliativos de las doctrinas redentoristas y teleológicas, de las doctrinas promisorias que aseguran un paraíso al final de una larga marcha», circunloquio que elípticamente critica la utopía marxista sin nombrarla directamente, aunque es harto sabido que la acusación de doctrina teleológica y redentorista que prometen un paraíso constituye una descalificación más frecuente para las utopías de izquierda que para el fascismo.⁴¹

Como en *Soldados...*, Cercas demuestra que posee una capacidad indiscutible para captar y expresar con un discurso dubitativo sembrado de sus clásicas modalidades ambiguas, las controversias más álgidas de la sociedad española, con el seguro resultado de generar una inmediata protesta de los sectores más estrictos en la interpretación del franquismo, posición de la cual Espinosa Maestre⁴² es representante paradigmático –porque además es especialista en la historia de Extremadura–; pero en otros espacios de la esfera pública, *El monarca...* genera

38. *Ibid.*, p. 258. Traverso analiza extensamente este dilema en «Estalinismo», pp. 259-261.

39. Describo este escenario con mayor detenimiento en Raquel MACCIUCI: «Vanguardia, intelectuales y dictadura», en *Final de plata amargo. De la vanguardia al exilio. Ramón Gómez de la Serna, Francisco Ayala y Rafael Alberti*, La Plata, Al Margen, 2006, pp.160-168.

40. *Ibid.*, pp. 258-259.

41. Domingo RÓDENAS DE MOYA: «Introducción», p. 51.

42. Francisco ESPINOSA MAESTRE: «Javier Cercas blanquea de nuevo el fascismo», *Eldiario.es*, 15 de marzo de 2017. <https://www.eldiario.es/tribunaabierta/Javier-Cercas-mundo-egoficcion_6_622647752.html> [Consultado: 10/10/2018].

una batería de preguntas que toca fibras sensibles de una sociedad que aún no ha encontrado como resolver los agujeros negros de su historia ni de sus renuncios, privados o públicos. Sobre algunos intentos de resolverlos, Traverso no ve muy bien que en 2004 hayan abierto el desfile militar del 12 de octubre un fascista y un republicano codo a codo. Años después, en abril de 2017, se vio una fotografía similar en Guernica, en que posan una víctima del bombardeo y los descendientes de un comandante y de un piloto de la Legión Cóndor al cumplirse ochenta años de la destrucción de la ciudad vasca por la aviación alemana. Más recientemente, en septiembre de 2018, el abrazo de dos viejos soldados que se habían enfrentado en la batalla del Ebro generó una áspera polémica.

No se trata de negarles el derecho a una superación personal del hecho traumático, ni negar la satisfacción de que hoy puedan compartir una charla sobre sus nietos, sino de evitar que el encuentro se convierta en la resolución oficial definitiva del expediente del pasado. En la misma línea formula Traverso su reflexión sobre la conocida película *La lista de Schindler*, acerca de que mueve a recordar al industrial nazi que salva a sus empleados judíos, no a los miles de miles de inmigrantes que «luchan contra el nazismo dentro de un movimiento ligado al Partido Comunista»;⁴³ ejemplo y reflexión que valen para la novela que recupera la memoria del soldado que salvó a un fascista de la muerte y luego luchó con Leclerc, pero relativiza u olvida su afiliación comunista y su ética de la convicción.

La extrapolación de las pautas de convivencia de la Europa próspera y reconciliada del siglo XXI a las épocas en que se impulsaron cambios y revoluciones en medio de enormes conmociones sociales cuando no enfrentamientos bélicos, desemboca en una inconsistente equiparación de los opuestos que no tiene en cuenta que mientras los ideales de unos todavía se pueden invocar y todavía enaltecen a sus propulsores, los otros, en cambio, producen vergüenza, repudio y temor. Solo el discurso del triunfante neoliberalismo hace necesario volver a hacer esta aclaración.

Por último, la tesis de Enzo Traverso admite también una proyección en la sincronía: es posible aplicar su crítica a los juicios atemporales desde la ética del posttotalitarismo del siglo XXI que realiza en *A sangre y fuego...* a los juicios de similar tenor que desde las democracias más o menos consolidadas del Norte bien liberal, bien socialdemócrata –es obligado decir que desde que escribió su libro Traverso, el clima de bienestar ha sufrido embates considerables– suelen emitirse, u omitirse, sobre la realidad de otros países que en contextos muy diferentes afrontan problemas de una dimensión incomparable a los que aquejan al viejo continente.

43. Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego...*, p. 15.

COLOFÓN

Los estudiosos de la literatura concebida como exponente de una parte esencial de la cultura y representativa del clima y la mentalidad de una época tienen un objeto de estudio de interés en tres distintas aproximaciones a Extremadura con la guerra civil y la posguerra de fondo volcadas en al menos dos novelas canónicas y una que va camino de serlo: en 1966 Juan Goytisolo, en *Señas de identidad*, proyecta la ruptura con su país y con el pasado franquista de su familia en un personaje –Álvaro Mendiola– que reitera obsesivamente el impacto moral que sufrió al tomar conocimiento de la masacre de la plaza de toros de Badajoz, consumada en agosto de 1936 por tropas comandadas por Yagüe; en 1981, Miguel Delibes publica *Los santos inocentes*, radiografía moral de la explotación, en los años sesenta, que sufre en un cortijo extremeño una familia en situación de cuasiservidumbre; en 2017 Javier Cercas se reconcilia con el pasado franquista de las dos ramas de su familia, ambas originarias de un pueblo de Cáceres. Paralelamente al acercamiento empático a su tío abuelo falangista caído en acción, el autor proporciona una visión sosegada de los pueblos extremeños del siglo XXI, lejos de los tópicos señoriales y del sino del aislamiento y el atraso.

.....
RAQUEL MACCIUCI es catedrática de Literatura Española II en la UNLP y cofundadora codirectora de *Olivar, Revista de Literatura y Cultura Españolas*. Desde 2008 preside el Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Ha publicado libros y artículos científicos sobre vanguardia y exilio republicano, prosa periodística de creación, literatura y cine, memoria del pasado reciente. Integra el Proyecto Prometeo 2016/133, «Max Aub y las confrontaciones de la memoria histórica». Es directora de los proyectos «Diálogos transatlánticos: España y Argentina. Campo editorial, literatura, cultura, memoria (1940-2013)» (PI+D- H742) y «España y Argentina en diálogo. Literatura, cultura, memoria (1940-2013)» (Agencia-FONCYT y PICT-2016-0623) Página Web: <<http://www.raquelmacciuci.com.ar/>>.